

Así habló Rabindranath Tagore

—De Social, La Habana.—

La entrevista con Rabindranath Tagore debería escribirse en el estilo de los Evangelios. Nadie como el místico poeta de la India da una tan completa impresión de espiritualidad. Bajo el influjo de su voz armoniosa, suave como su filosofía, todo concepto material desaparece y sentimos el contrito impulso de la oración. Tagore tiene mucho de Jesucristo, del «Fratello» de Asís, y de Spinoza. Se diría que, como en su poema inmortal, siempre siente «el dolor infinito de ser hombre»...

Mañana gris en la postrimería del Otoño. En el apartamento neoyorquino de Rabindranath Tagore hay un ambiente de pagoda y de claustro de San Bruno. Es una atmósfera de religiosidad cósmica dentro de la cual lo mismo estaría bien Sakya Muni, que Teresa de Jesús o Santayana. El Poeta habla:

—La América española es muy interesante. Hay muchas leyendas poéticas en esos países... Poesía amorosa y sensual, a veces triste, con esa tristeza intermitente de la carne que no conoce disciplinas. Ustedes son demasiado jóvenes para haber adquirido nuestra melancolía, que es la clave del espiritualismo. Nosotros ya hemos vivido mucho; hemos analizado la vida, y nuestra poesía es el producto de las experiencias y de los análisis, y quizás también de la nostalgia de nuestra ya perdida juventud...

Tagore ha dicho estas palabras con la calmada y plácida elocución de un brahmín, y a través de ellas he percibido toda la tranquilidad espiritual de su raza envejecida por sesenta siglos de civilización. Pausó en tres puntos suspensivos, y luego, para que su concepto no fuera mal interpretado, continuó:

—No hablo de la vida terrena, de los días de permanencia en este planeta, sino de la vida cósmica. Nuestra existencia aquí sólo es una situación transitoria que nos prepara para el advenimiento de días mejores. Si así no fuera, la muerte sería un terrible punto final de un período demasiado corto y casi inútil...

Un joven indio ha entrado silenciosamente a avivar el fuego de los pebeteros con resinas de Arabia. El chisporroteo de la mirra interrumpe en trepidaciones la pulida continuidad del humo, y se impregna de un perfume exótico la penumbra del salón.

El traje talar del Poeta, su aspecto mesiánico y el ambiente que lo rodea, se combinan para hacernos sentir el sortilegio de la Fuerza Espiritual que crea religiones y establece dogmas. Todos los ademanes de Sir Rabindranath son meditados y sacerdotales, y cuando se queda pensativo e inmóvil, parece un cuadro de Domingo, el Greco. Su rostro, alargado y cobrizo, se ilumina con la albura de su cabellera que cae en guedejas bien peinadas sobre la barba apostólica. Y sus ojos, grandes y opalinos, tienen toda la tristeza reposada de la sabiduría oriental.

Tagore vuelve a hablar. Su voz suave y lenta va desgranando en perfección de armonía los más eufónicos vocablos.



Rabindranath Tagore

Es un poema en prosa su conversación:

—En Occidente aún no han comprendido la eterna Verdad y por eso creen que la conquista suprema es la del poder material. La Europa de la civilización greco-latina se ha olvidado de que lo que vale es la personalidad que llevamos dentro, y desorientada busca la preponderancia de las grandezas materiales. A Europa la han herido de muerte las desconfianzas, los odios y la ambición. Para salvarse tendrá que convencerse de que las cosas materiales no son los factores de la felicidad; pero esto exige una imposición del espíritu sobre lo puramente material, a fin de obtener el convencimiento de que nuestro ser se integra con el Sér Supremo, puesto que somos una proyección del Infinito, una continuidad de Dios...

Flores, incienso, mirra, apacibilidad... ¡Qué contraste con el medio utilitario de la Urbe que se asoma a la ventana del Poeta bengalí! Tagore ha adivinado mi parangón, y continúa hablando mientras fija su mirada condolidada en la audacia de los rascacielos:

—Aquí también se han equivocado en el concepto de la realidad. Han entronizado la Máquina; han establecido la jerarquía de lo impersonal por su aspecto de aparente verdad, porque parece una realidad a la mente humana, aun cuando sólo es una ilusión. Maya... Maya única-

Luis C. Sepúlveda

Nueva York, diciembre de 1930.

Estas obras de Luis López de Mesa:

<i>La tragedia de Nilse</i> (Novela).....	5-00
<i>Iola</i> . (Leyendas).....	5-00
<i>El libro de los apólogos</i>	3-50
<i>Introducción a la Historia de la Cultura en Colombia</i>	5-00

Solicítelas al A. del Rep. Am.

mente, porque se ha querido invertir el orden transfundiendo lo Divino en lo humano, en vez de buscar la trans fusión de lo humano en lo Divino, que es el medio de encontrar la verdadera Verdad... ¿La Divinidad?... Lo mismo da que sea Brahmán, o Jehová, o Dios, o Alá. Lo necesario es que en esas concepciones de la Deidad se reconcentre la espiritualidad cósmica, y que el hombre, como partícula integradora del universo, aprenda a sentir dentro de sí las palpitaciones eternas del Espíritu, que es la Verdad, la Esencia Divina, eterna y omnipotente, sin principio y sin fin...

Suave, bondadoso, persuasivo—a fuer de persuadido—Tagore va explicando sus teorías espirituales en éxtasis de iluminado; habla como debió hablar Jesucristo en el Sermón del Monte; como debió hacerlo Francisco de Asís al predicar su dulce Evangelio de fraternidad; como seguramente habló Barruch de Spinoza a los cándidos espíritus que lo oían en Amsterdam:

—Todo este apresuramiento materialista sólo sirve para atrofiar las facultades ennoblecedoras del ser humano, pues embota las sensibilidades espirituales. ¿Acaso las flores tienen que trabajar para llenar de belleza y de alegría las praderas? Un minuto contemplativo, uno de esos minutos en que nuestra alma comulga con el misterio de la Creación, vale más, en concepto de eternidad, que diez años de esfuerzo materialista. Ningún hombre es capaz de conseguir, ni aún con todos los medios materiales del mundo, que en su mano germine la semilla o se convierta en pulpa de fruto la corola de la flor. Sin embargo, en el seno de la tierra la Consciencia Cósmica hace el milagro en un segundo, y mientras duerme tranquilo el masovero, ¿Y qué esfuerzo ha sido necesario para que en las mañanas abrilenas surja ante nuestros ojos sorprendidos la fragante eclosión de los rosales? Por eso ningún tiempo es perdido, ni aún aquel en que el hombre se aparta de la Verdad, pues todos los instantes de nuestra vida están en la mano de Dios. Quizás este mismo descarrilamiento que representa la materialidad contemporánea, sea el medio de que se vale la Consciencia Cósmica para llevar al concierto final de la Verdad Suprema a quienes sin ese descenso al vacío probablemente no encontrarían la consolaración del Paraclito.

Calló otra vez; la ternura de sus ojos profundos se posó en los bouquetiers de su escritorio; luego, bajó la mirada en su habitual actitud de humildad, y concluyó en tono menor de susurro:

—Todo, hasta el mal aparente y pasajero, es un bien si nos ayuda a comprender la Verdad Eternal.

Como Isaac Laquedem, que al oír a Barruch de Spinoza recuperó su fe, yo aquella mañana volví a encontrar la mía al oír a Rabindranath Tagore. El Gran Místico hizo el milagro de devolvérmela, y puso en mi espíritu el contrito impulso de la oración.